

**ISAC
BABEL**



**RELATOS
DE
ODESA
(1924-1925)**

Isac Babel escribió los "Relatos de Odesa" durante el verano de 1921 y la primavera de 1923. Los más conocidos son: "El Rey", "Liubka la Cosaca", "El Padre" y "Así se Hacían las Cosas en Odesa". Los "Relatos" se publicaron en los años 1924-1925 y, después, en 1930. El conocido director de cine V. Vílner produjo en 1927 la película Benia Krik, que recoge las historias de "El Rey" y "Así se Hacían las cosas en Odesa".

Con sólo cuatro relatos, nos pinta magistralmente la vida y costumbres de la minoría judía de la ciudad de Odesa en la época zarista, donde tanto los judíos como otras minorías étnicas no rusas tenían pocas posibilidades para desarrollarse plenamente.

Debemos añadir que Odesa representa un islote muy especial dentro de la vastedad del territorio soviético. Queremos decir que las diversas nacionalidades que habitan la ciudad han creado, a través de los siglos, una civilización social, económica y cultural muy propia: los rusos, húngaros, judíos, rumanos, gitanos, búlgaros, etc., odesitas, son muy diferentes a sus connacionales de Rusia, Hungría, Rumania, etc., aunque mantengan costumbres, cultura y religión. Esto, Babel lo manifiesta en los diálogos, expresiones e imágenes tan peculiares que copia fielmente y que pone en labios o en reflexiones de sus personajes judíos odesitas.

EL REY

La ceremonia religiosa había terminado. El rabino se hundió en el sillón; luego salió de la habitación y contempló las mesas alineadas a lo largo del patio. Eran tantas que llegaban a la calle de Gospitalnaua. Las mesas, cubiertas con manteles de terciopelo, serpenteaban como culebras por el patio. Parecía que alguien hubiera cosido las panzas de estos "reptiles" con remiendos de todos colores, y elevaran su canto con voces espesas a los remiendos naranja y rojo en particular.

La gente convirtió sus departamentos en cocinas. A través de las puertas, ennegrecidas por el humo, salía una llama abundante, briaga y regordeta. En sus rayos humeantes se veían cocer los rostros de las ancianas, sus barbillas temblorosas y sus pechos grasientos. El sudor, rosado como la sangre, rosado como la baba espumosa de un perro rabioso, cubría los pechos de estos pedazos de carne humana emanando un aroma dulzón.

Tres cocineras, sin contar a las lavaplatos, preparaban la cena de bodas. Sobre ellas reinaba Reizel con sus 18 años, tradicional como un rollo de la Tora, baja de estatura y jorobada.

Antes de iniciarse la cena se coló al patio un joven que nadie conocía. Preguntó por Benia Krik. Lo llevó a un lado.

— Escuche, Rey —dijo el joven—, tengo que decirle un par de palabras. Me envía la tía Jana de la calle de Jostetskaya...





— Bien —contestó Benia Krik, apodado el Rey—, ¿qué quieres decir con un par de palabras?

— Me mandó decirle la tía Jana que ayer llegó el nuevo inspector de policía. . .

— Lo sabía desde anteayer —contestó Benia Krik—; prosigue.

— El inspector reunió a los de la comisaría y pronunció un discurso. . .

— Una escoba nueva barre impecablemente. Quiere organizar una redada. Sigue. . .

— ¿Sabe usted, Rey, cuándo será la redada?

— Será mañana.

— Rey, será hoy.

— ¿Quién te lo dijo, niño?

— Lo dijo la tía Jana. ¿Conoce usted a la tía Jana?

— Sí, conozco a la tía Jana. Sigue.

— El inspector reunió a los de la comisaría y pronunció un discurso: “Debemos estrangular a Benia Krik —dijo—, ya que donde existe el Señor Emperador, no puede existir un Rey. Hoy, cuando Krik entregue la mano de su hermana y cuando estén todos reunidos tendremos que hacer la redada. . .”

— Prosigue.

— . . . Los soplones, entonces, sintieron gran temor. Dijeron: “Si organizamos hoy la redada, en el momento de la fiesta, Benia se enfurecerá y correrá la sangre.” El inspector contestó: “Para mí es más importante mi amor propio. . .”

— Bien, te puedes ir —contestó el Rey.

— ¿Qué le digo a la tía Jana de lo de la redada?

— Dile: “Benia sabe lo de la batida.”

El joven se fue. Le siguieron tres de los amigos de Benia.

Dijeron que volverían a media hora y cumplieron su palabra. Así sucedió todo.

Los invitados se sentaron a la mesa sin que importara la edad. La vejez idiota no es menos miserable que la juventud cobarde. Tampoco se tomó en cuenta a los más ricos. El forro de la bolsa repleta de dinero está bordado de lágrimas.

En el lugar de honor estaban sentados el novio y la novia. Era su día. En segundo término se hallaba Sender Eihbaum, el suegro del Rey. Era su derecho. Es preciso conocer la historia de Sender Eihbaum, ya que no es una historia cualquiera.

¿Cómo se convirtió Benia Krik en un atracador y en el rey de los atracadores, además de yerno de Eihbaum? ¿Cómo se convirtió en el yerno de una persona que tenía sesenta vacas lecheras, menos una? Aquí la cuestión se encierra en la forma de atracar. Hace apenas un año, Benia le había escrito una carta a Eihbaum: “Monsieur Eihbaum, le suplico que mañana en la mañana deposite, bajo el portal del número 17 de la calle Sofiyevskaya, la cantidad de veinte mil rublos. De no hacerlo, prepárese a recibir un castigo del que Odesa jamás tuvo conocimiento. Odesa hablará de usted

por siglos y milenios. Respetuosamente: Benia, El Rey.

Tres cartas, una más clara que otra, quedaron sin respuesta. Entonces Benia tomó las medidas necesarias. Nueve personas empuñando largos garrotes se presentaron en la noche. Los garrotes estaban enrollados con estopa empapada en alquitrán. Nueve llameantes estrellas se encendieron en el patio donde Eihbaum guardaba el ganado. Benia forzó los candados del establo y comenzó a sacar a las vacas una por una. Las esperaba un muchacho con un cuchillo en la mano. Tumbaba a la vaca de un solo golpe y hundía el cuchillo en el corazón del animal. Sobre la tierra, inundada de sangre, florecieron antorchas que parecían rosas de fuego, y sonaron los disparos. Con los disparos, Benia espantaba a las trabajadoras que corrían hacia el establo. Los demás atracadores también empezaron a disparar al aire para no matar a alguien. En el momento en que la sexta vaca caía emitiendo su mugido postrero a los pies del Rey, Eihbaum salió corriendo al patio en puros calzones y preguntó:

— ¿Qué resultará de todo esto, Benia?

— Si no tengo el dinero, se quedará sin vacas, Monsieur Eihbaum. Esto es como dos por dos.

— Pasa a la casa, Benia.

Ya en la casa se pusieron de acuerdo. Se repartieron las vacas sacrificadas en partes iguales. A Eihbaum se le garantizó su inmunidad personal y se le entregó con ese motivo un certificado sellado. Pero el milagro sucedió más tarde.

Durante el atraco, aquella noche terrible, cuando mugían las vacas acuchilladas y las terneras se resbalaban en la sangre de sus madres; cuando las antorchas danzaban como vírgenes negras y las ordeñadoras corrían por todas partes gritando como locas bajo los cañones de los browning; esa noche terrible salió corriendo al patio, en camión bordado, la hija del viejo Eihbaum, Tsila. La victoria del Rey se convertiría en su derrota.

A los dos días y sin previo aviso, Benia regresó a Eihbaum todo el dinero robado y después le hizo una visita. Vestía un traje color naranja. Una pulsera de brillantes adornaba su muñeca. Entró en la habitación saludando y pidió a Eihbaum la mano de su hija. El viejo se cayó de la impresión, pero pudo levantarse. Aún tenía vida para otros veinte años.

Escúchame, Eihbaum —dijo el Rey— cuando muera usted lo enterraré en el cementerio judío de primera clase, al lado mismo de la entrada. Le eregiré, Eihbaum, un monumento de mármol rosa. Lo convertiré en presidente de la sinagoga “Brodskaya”. Abandonaré mi profesión, Eihbaum, y me convertiré en su socio. Tendremos doscientas vacas, Eihbaum. Mataré a todos los que tengan vacas lecheras, excepto a usted. Ningún ladrón rondará la calle en que usted viva. Le construiré una casa de campo en la estación 16. . . Y recuerde. . . Eihbaum: tampoco usted llegó a ser en su juventud un rabino. No hablemos en voz alta de quién fue el



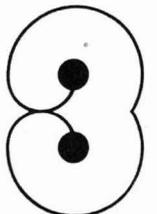
que falsificó el testamento. . . Además tendrá por yerno a un Rey, no a un mocoso, a un Rey, Eihbaum. . .

Benia Krik consiguió lo que quería porque era un apasionado y es la pasión la que domina al mundo. Los recién casados pasaron tres meses en la obesa Besarabia, entre viñedos, abundante comida y sudores amorosos. Luego Benia regresó a Odesa para casar a su hermana Dvoira de 40 años de edad, que padecía bocio. Ahora, una vez contada la historia de Sender Eihbaum, podemos volver a la boda de Dvoira Krik, hermana del Rey.

Para cenar, sirvieron pavos, pollos asados, gansos, pescado relleno y sopa de pescado, donde brillaban como nácar lagunas de limón. Sobre las cabecitas muertas de los gansos, se mecían las flores como penachos de plumas.

Todo aquello de que se puede enorgullecer el contrabando odesita, las cosas más famosas del mundo, llevaban a cabo esa noche estrellada, esa noche azul, su acción destructiva y seductora. El vino extranjero calentaba los estómagos, las piernas cosquilleaban dulcemente, adormecía los sesos y provocaba eructos sonoros, como el toque guerrero de una trompeta. El cocinero negro del "Plutarco", llegado hacía tres días de Port Said, logró pasar la aduana con turgentes botellas de ron jamaiquino, vino untuoso de Madera, puros de las plantaciones de Pirpont Morgan y naranjas de los alrededores de Jerusalén. Esto deposita en la orilla la resaca espumosa del mar odesita, esto consiguen de vez en cuando los mendigos en las bodas judías. En la boda de Dvoira Krik les tocó ron de Jamaica y por eso, al embriagarse como cerdos, los mendigos judíos empezaron a hacer un ruido ensordecedor con sus muletas. Eihbaum se desabrochó el chaleco; guiñando un ojo y con hipo amoroso, observó la tempestuosa reunión. La orquesta tocaba una fanfarria. Como si pretendiera Sender pasar revista a una división. Una fanfarria no es más ni menos que una fanfarria. Al principio, los atracadores sentados en filas cerradas, se veían un poco tímidos; pero un momento después se desataron. Liova Katsap rompió una botella de vodka sobre la cabeza de su amada Moña; el artillero disparó al aire. Pero la alegría llegó al rojo vivo cuando, siguiendo la tradición, los huéspedes empezaron a entregar los regalos a los recién casados. Los shameses de la sinagoga saltaron sobre las mesas y empezaron a canturrear, bajo el acompañamiento de fanfarrias burbujeantes, los rublos y cucharas de plata que regalaban. Entonces los compañeros del Rey mostraron lo que es tener sangre azul y vestigios de caballería moldavanesa. Con desdenoso movimiento de mano, arrojaban monedas de oro, anillos y collares de coral sobre una bandeja de plata.

Estos aristócratas del barrio de Moldavanka vestían chalecos estrechos de color lila y chaquetas bermejas; sus ajustados pantalones azul celeste estaban a punto de reventar. Erguidos a todo lo que permitía su estatura y mostrando su barriga, los bandidos





aplaudían al ritmo de la música, pedían a gritos que se besaran los novios y le tiraban flores a la novia. La cuarentona Dvoira, hermana de Benia Krik, el Rey, hecha un monstruo por el bocio descomunal, estaba sentada sobre una montaña de almohadas, al lado del niño esmirriado, mudo de tristeza, al que compró Eihbaum con su dinero.

La ceremonia de la entrega de los regalos tocaba a su fin. Los shameses enronquecieron y el contrabajo no desentonaba con el violín. De pronto, se sintió sobre el patio un ligero olor a chamusquina.

— Benia —dijo Krik padre, viejo carretero con fama de procaz entre sus colegas—, Benia, ¿sabes lo que pienso? Creo que se nos está quemando el hollín.

— Papito —contestó el Rey a su padre borracho—, haga el favor de beber y comer. No se moleste por tales tonterías. . .

El padre siguió el consejo de su hijo: comió y bebió. Pero la nube de humo parecía ser cada vez más grande. En algún lugar, los bordes del cielo enrojecían. Después se vio una lengua estrecha de llama elevándose hacia las alturas. Los huéspedes, puestos de pie, empezaron a olfatear el aire, mientras sus mujeres chillaban. Los atracadores se miraron. Sólo Benia, que no se había dado cuenta de nada, se sentía desconsolado.

— Me estropean la fiesta —gritaba desesperado—. Les suplico queridos, sigan comiendo y tomando. . .

Pero en ese momento apareció en el patio el mismo joven que había venido al principio de la fiesta.

— Rey —dijo—, tengo que decirle dos palabras. . .

— Bien, dime —contestó el Rey—, tú siempre tienes guardadas dos palabras. . .

— Rey —dijo el joven y se rió—, es muy gracioso: la comisaría arde como una vela. . .

Enmudecieron los tenderos. Los atracadores sonrieron. Mañka, de sesenta años de edad y progenitora de todos los bandidos de la región, colocó dos dedos en la boca y silbó tan fuerte que sus vecinos se tambalearon.

— Mañka, no se encuentra usted en su trabajo —le hizo notar Benia—. Tome las cosas más fríamente.

El portador de la sorprendente noticia seguía carcajeándose.

— Unas cuarenta personas salieron de la comisaría para hacer la redada —contaba batiendo sus mandíbulas—. Cuando ya se habían apartado unos quince pasos, empezó el incendio. . . Si quiere, corra a verlo.

Pero Benia prohibió a los huéspedes ir al incendio. Se fue solo, acompañado de dos compañeros. La comisaría ardía por los cuatro costados. Los guardias municipales, con sus traseros temblorosos, corrían por las escaleras llenas de humo y tiraban por las ventanas los archivos. Los detenidos, aprovechándose del alboroto escapaban. Los bomberos, celosos de su deber vieron que la toma de aguas más cercana no servía. El comisario —la escoba que haría tan bien— estaba de pie en la acera de enfrente y se mordía los bigotes que entraban en su boca. La nueva escoba estaba inmóvil. Benia, al pasar al lado, le hizo el saludo militar.

— Tenga usted muy buena salud su señoría —dijo compadecido—. ¿Qué se podría decir ante tal desgracia? ¡Qué pesadilla!

Miró fijamente al edificio en llamas, meció la cabeza y dijo: “Vaya, vaya. . .”

Cuando Benia regresó a casa, los faroles empezaban a apagarse. Amanecía. Los huéspedes se habían ido y los músicos dormían apoyando sus cabezas sobre los contrabajos. Sólo Dvoira no tenía intenciones de dormir. Empujaba con ambas manos al asustado marido hacia la puerta de su habitación y lo miraba con voluptuosidad, como un gato que tiene en su boca a un ratón y lo prueba, mordiéndolo ligeramente.

LIUBKA, LA COSACA
(1924-1925)

En el barrio de la Moldavanka, en la esquina de las calles de Dalnitskaya y Balkovskaya, se encuentra la casa de Liubka Shneiweiss. En su casa hay una cantina, una hostería, un expendio de avena y un palomar para dos docenas de las palomas Ksiukov y Nikolaev. Las tiendas y el terreno número cuarenta y seis que están en las canteras odesitas pertenecen a Liubka Shneiweiss, llamada Liubka la cosaca, y solamente el palomar es propiedad del velador Evzel —soldado dado de baja y condecorado con una medalla. Los domingos, Evzel sale a la calle de Ojotnitskaya para vender sus palomas a los empleados públicos y a los niños del vecindario. Además del velador, viven en la posada de Liubka la cocinera y alcahueta Piosia-Mindl y el encargado Tsudechkis, un judío de baja estatura que por sus barbas se parece mucho a nuestro rabino moldavanés —Ben Zjaría. Acerca de Tsudechkis conozco varias historias. La primera es cómo se hizo encargado de la hostería de Liubka.

Hace unos diez años, Tsudechkis consiguió para un hacendado una trilladora con todo y su tiro de caballos. Esa misma tarde llevó con Liubka al hacendado para festejar el trato hecho. Piosia-Mindl le sirvió como cena un pescado relleno y después una muchacha de muy buen ver que se llamaba Nastia.

El hacendado pasó allí la noche. A la mañana siguiente, Evzel despertó a Tsudechkis, que se hallaba ante el umbral de la habitación de Liubka.

— Bien —dijo Evzel—, ayer en la tarde se daba usted grandes aires porque el hacendado había conseguido una trilladora gracias a sus servicios. Pues sepa usted que el hacendado, después de haber pasado la noche, se ha fugado como el último de los fascinerosos. Ahora entrégueme dos rublos por la comida y otros cuatro por la señorita. Está visto que es usted un caballero de mucha experiencia. . .

Pero Tsudechkis no quiso entregar el dinero. Entonces Evzel lo empujó a la habitación de Liubka y lo encerró bajo llave.

— Verás —dijo el velador—, permanecerás aquí hasta que Liubka regrese de la cantera, y con ayuda de Dios, te sacará el alma. Amén.

— Bandido —le contestó al soldado Tsudechkis, que empezó a revisar su nueva estancia—, tú no sabes nada, bandido, excepto de tus palomas; mas yo todavía creo en Dios que me sacará de aquí como sacó a todos los judíos, primero de Egipto y luego del desierto. . .

El insignificante comerciante deseó decirle muchas otras cosas a Evzel, pero el soldado retiró la llave de la cerradura y se alejó arrastrando ruidosamente sus botas. Evzel se dio la vuelta y vio cerca de la ventana a la alcahueta Piosia-Mindl, que leía el libro

Los Milagros y el Corazón de Baal-Shem. Leía el libro y con una pierna mecía una cuna de madera de roble. En ella lloraba el hijo de Liubka, Davidka.

— Vaya forma que tiene de hacer las cosas —le dijo Tsudechkis a Piosia-Mindl—, da lástima ver cómo tiene a ese niño desgañándose, mientras que usted que parece un peñasco entre un bosque, no puede darle ni siquiera un chupete. . .

— Déselo usted —contestó Piosia-Mindl sin dejar el libro—, a ver si quiere tomar un chupete de las manos de un viejo embustero como usted. El sabe lo que quiere: quiere leche de su mamacita que anda recorriendo sus canteras, bebiendo té con los judíos de la tasca “El Oso”, comprando contrabando en la bahía y acordándose de su hijo como uno piensa en la nieve que cayó el año pasado. . .

— Así es —se dijo el comerciante—, estás en manos del Faraón.

Tsudechkis se apartó a la pared que daba al oriente y murmuró su rezo matinal. Luego tomó en sus brazos al infante lloroso. Davidka lo miró sin entender nada y movió sus piececillos morados bañados de sudor. El viejo empezó a caminar por la habitación, meciéndolo y entonando una canción que no tenía fin.

A-a-a —cantó— para todos los niños burlas y a nuestro Davidka una rosca de pañ para que duerma de día y de noche. . . A-a-a, para todos los niños burlas. . .

Tsudechkis le enseñó al hijo de Liubka su puño de vellos grises y le repitió lo de las burlas y las roscas hasta que el niño quedó dormido y el sol llegó hasta el centro del brillante cielo. El sol llegó hasta el centro y se estremeció como una mosca que pierde su fuerza bajo el poder del calor sofocante. Los campesinos salvajes de Nerubaisk y de Tatarca que habían establecido sus reales en la hostería de Liubka se metieron bajo los carros y se durmieron roncando sonoramente. Un artesano borracho salió al portal del patio, y dejando caer su cepillo de carpintero y la sierra, se tumbó sobre la tierra durmiendo en el centro del mundo, cubriéndose de moscas doradas y de relámpagos azules del mes de julio. No lejos de él, en la sombra, se aposentaron unos rugosos alemanes que le traían a Liubka vino de la frontera de Besarabia. Prendieron sus pipas y el humo empezó a mezclarse con los pelos cortos y duros de sus mejillas ancianas y sin rasurar. El sol se deslizaba en el cielo como la lengua de un perro sediento; a lo lejos, un mar gigantesco avanzaba sobre Peresip y los mástiles de los buques transoceánicos se mecían en las aguas del golfo de Odesa.

El día estaba sentado en una lancha engalonada, el día navegaba hacia la tarde, a su encuentro, y sólo pasadas las cinco regresó Liubka de la ciudad. Llegó en un caballo de pelo gris, gordo y con una crin demasiado larga. Un mozo de piernas fuertes y vestido con una camisa de percal le abrió el portón. Evzel sostuvo las bridas y Tsudechkis gritó desde su reclusorio a Liubka:





— Le deseo un buen día, honorable señora Shneiweiss, ya hace tres años que se fue usted a la ciudad a arreglar sus asuntos, dejando en mis brazos a un niño hambriento.

— Cierra tu hocico —contestó Liubka al viejo y se apeó del caballo—. ¿Quién es ése que se atreve a abrir la boca desde mi ventana?

— Es Tsudechkis, un viejo con gran experiencia —contestó el soldado condecorado y empezó a contarle toda la historia relacionada con el hacendado, pero no pudo terminarla porque el agente de comercio empezó a llamar con todas sus fuerzas.

— Vaya cinismo —gritó y arrojó su gorro al piso—, se necesitaba tener cinismo para abandonar en mis brazos a un niño ajeno, mientras usted desaparece por espacio de tres años... Venga y déle la teta...

— Ahí te voy, estafador —murmuró Liubka y se precipitó hacia las escaleras. Entró en la habitación y sacó su pecho de la blusa polvorienta.

El niño se abalanzó hacia ella, mordisqueó el pezón descomunal, pero no consiguió la leche. Una vena en la frente de la madre se inflamó y Tsudechkis le dijo agitando el gorro:

— Usted todo lo quiere para sí misma, Liubka avara; quisiera arrasar con todo el mundo, como los niños arrebatan de la mesa el mantel que todavía contiene migajas de pan; desea para sí la primera cosecha de trigo y de la uva; quisiera hornear panes frescos bajo los luminosos rayos del sol; mientras su tierno bebé, su bebé que se parece a una estrellita, debe sucumbir por falta de leche...

— ¿Pero de qué leche habla? —gritó la mujer y apretó con su mano el pecho—. Hoy atracó el "Plutarco" y tuve que caminar unas 15 verstas bajo el sol... Deje de quejarse, viejo judío, y entrégueme mejor los seis rublos.

Pero Tsudechkis no le dio el dinero. Se remangó el brazo y metió en la boca de Liubka su codo delgado y sucio.

— Atragántate, criminal —dijo, y escupió en un rincón—. Liubka aguantó un momento en su boca el codo ajeno, luego se lo sacó, cerró la puerta con llave y salió al patio. Allí ya la esperaba Mr. Trottibarn, muy parecido a una columna hecha de carne sonrosada. Mr. Trottibarn era el mecánico mayor del "Plutarco".

Llegó a la casa de Liubka con dos marineros. Uno era inglés y el otro era malayo. Entre los tres arrastraron al patio el contrabando proveniente de Port-Said. La caja era pesada. Se les cayó a tierra y de ella saltaron habanos enredados en sedas japonesas. Una gran multitud de mujeres corrieron hacia la caja, mientras dos gitanas forasteras, meciéndose y haciendo tintinear sus colgajos, empezaron a acercarse por los lados.

— Fuera de aquí, gaviotas —gritó Liubka y se llevó a los marineros bajo la sombra de una acacia. Allí se sentaron a la mesa. Evzel les sirvió vino y Mr. Trottibarn desarrolló sus mercancías. Sacó habanos y sedas finas, cocaína y limas, tabacos sin etiqueta de Virginia y vino negro de unas de las islas griegas. Cada mercancía tenía su precio especial; se anotaba en un libro y se acompañaba de un vino de Besarabia que olía a sol y a chinches. El crepúsculo empezó a recorrer el patio, se apresuraba como una ola de un ancho río. El malayo estaba ya borracho y sorprendido por lo que veía ante sus ojos: tocó con un dedo el pecho de Liubka. Primero lo tocó con un dedo y luego con todos, uno por uno. Los ojos amarillos y tiernos quedaron suspendidos sobre la mesa como los faroles de papel en las calles chinas. Entonó con voz apenas perceptible una canción, en el momento en que Liubka lo empujaba con el puño.

— Vea las cosas que sabe hacer —dijo Liubka a Trottibarn—, está acabando con la poca leche que me queda, y ese judío me regaña porque me falta.

Señaló a Tsudechkis, que se veía cerca de la ventana, lavando sus calcetines. Una pequeña lámpara ahumaba el cuarto; la cubeta echaba espuma y hervía. Al darse cuenta de que se hablaba de él, se asomó a la ventana y empezó a gritar:

— ¡Felices séais! —y agitaba los brazos.

— ¡Calla, bobo! —rió Liubka— ¡Calla!

Cogió una piedra y la tiró a la ventana, pero no dio en el blanco. Entonces cogió una botella vacía de vino, pero Mr. Trottibarn, el mecánico mayor, se la quitó, apuntó y la lanzó atinando exactamente a la ventana abierta.

— Miss Liubka —dijo el mecánico mayor, levantándose y haciendo todo lo posible para que no se le doblaran sus piernas borrachas—, mucha gente decente me busca, miss Liubka, deseando que les venda mis mercancías; pero a nadie las vendo: ni a Mr. Kuninson, ni a Mr. Batia, ni a Mr. Kupchik. Sólo le vendo a usted



Miss Liubka, porque no hay nada más agradable que su conversación.

Sintiéndose ya firme sobre sus pies, agarró de los hombros a sus marineros y empezó a bailar con ellos por el patio que resentía ya el frío de la noche. La gente del "Plutarco" bailaba en silencio, como si guardara pensamientos profundos. Una estrella anaranjada que se había deslizado al extremo del horizonte, los observaba abriendo los ojos. Cuando recibieron el dinero, salieron a la calle tomados de las manos, balanceándose como se balancea una lámpara en un barco. Desde la calle veían el mar, el agua negra del Golfo de Odesa, como también distinguían los banderines juguetones en los mástiles. Liubka acompañó a sus huéspedes danzantes hasta el paso a desnivel, luego se quedó sola en la solitaria calle, se rió para sus adentros y regresó a la casa. El mozo somnoliento cerró tras ella el portal. Evzel entregó a Liubka las ganancias del día. Después, ella se dirigió a sus habitaciones escaleras arriba. Allí Pioska-Mindl estaba durmiendo y Tsudechkis mecía con sus pies descalzos la cuna de roble.

— Vaya si nos hizo sufrir, Liubka desvergonzada —dijo Tsudechkis y cogió al niño de la cuna—, a ver si aprende de mí, madre envilecida. . .

Colocó un broche en el pecho de Liubka. Luego acostó al niño en la cama. El bebé se precipitó sobre el pecho de su madre, se pinchó con el broche y empezó a llorar. El viejo entonces le dio un chupete, pero Davidka rehusó.

— ¡Déjese de brujerías, viejo estafador! —dijo quedamente Liubka, durmiéndose.

— ¡A callar, madre envilecida! —le contestó Tsudechkis.

— A callar y aprenda ¡Maldita sea. . .!

El niño cogió con indecisión el chupete y lo empezó a chupar.

— Ya ve —dijo Tsudechkis y se rió—, yo le enseñé a su niño; a ver si ahora aprende usted de mí, maldita sea. . .

Davidka yacía en la cuna. Chupaba el chupete y babeaba plácidamente. Liubka se despertó, abrió los ojos y los cerró de nuevo. Vio a su hijo y a la luna que forzaban la ventana. La luna saltaba entre nubes negras como un ternero que se hubiera perdido.

— Está bien —dijo entonces Liubka—, ábrele la puerta a Tsudechkis, Piosia-Mindl, mañana será merecedor de una libra de tabaco americano. . .

Al día siguiente se presentó Tsudechkis por la libra de tabaco de Virginia sin etiqueta. Recibí la libra, además de un cuarto de té. Después de una semana, cuando visité a Evzel para comprar palomas, vi a un nuevo encargado en la casa de Liubka, bajito, como nuestro rabino Ben Zjaría. Era Tsudechkis. Ocupó ese puesto por espacio de quince años y durante ese tiempo conocí muchas historias acerca de él. Si algún día puedo hacerlo, las relataré una por una, pues son interesantes.



EL PADRE
(1924-1925)

Froim Grach estuvo casado en cierta ocasión, hace veinte años. Su esposa le dio una hija y murió en el parto. A la niña le pusieron por nombre Basia. Su abuela materna vivía en Tulchin y no quería a su yerno. Decía de él: "Froim es carretero de profesión y tiene caballos negros, pero el alma de Froim es del pelaje de sus animales..."

La vieja no quería a su yerno, así que recogió a la recién nacida. Vivió al lado de la niña veinte años y luego murió. Entonces Basia regresó a la casa de su padre. Sucedió así:

El miércoles 5, Froim Grach transportó hasta el puerto, al buque "Kaledonia", una carga de trigo proveniente de la sociedad "Dreyfus". Para la tarde ya había terminado el trabajo y se dirigía a su casa. Al dar la vuelta en la calle Projorovskaya se encontró con el herrero Iván Piatirubel.

Saludos, Grach —dijo Iván Piatirubel—, he visto a una mujer que ya lleva tiempo rondando tu casa...

Grach prosiguió su camino y vio en el patio de la casa a una mujer de estatura gigante, enormes caderas y unas mejillas de color ladrillo rojo.

Papito —dijo la mujer con una voz de bajo ensordecedora—, me llevan todos los diablos de lo aburrada que estoy esperándote todo el día... Sepa que la abuela murió en Tulchin.

Grach se incorporó en el carro y peló los ojos.

No te muevas tanto ante los caballos —gritó desesperado—. Agarra las bridas y al caballo limonero, ¿no ves que me puedes lastimar a los animalitos?...

Grach seguía incorporado y amenazaba con el látigo. Basia cogió al limonero por la brida y guió a los caballos hasta la cuadra. Los desenganchó y se fue a ajetrear a la cocina. Colgó sobre una cuerda los calcetines de su padre, limpió con arena la tetera ahumada y empezó a calentar unas croquetas en una olla de hierro forjado.

—¡Vive usted, papito, en una suciedad insoportable! —dijo, y arrojó por la ventana unas pieles de oveja que olían acremente y que estaban tiradas en el suelo —¡Pero ya verá cómo acabaré con esta mugre —gritó—, y después le sirvió la cena a su padre.

El viejo bebió vodka de la tetera de esmalte y se comió de golpe las croquetas que olían a infancia feliz. Luego cogió el látigo y salió por el portón del patio. Basia lo siguió. Se puso unas altas botas de hombre, un vestido naranja, un sombrero cubierto de aves y se sentó en una banca. La tarde se desperzaba a lo largo de la banca, el ojo luminoso del ocaso caía al mar, allá por Peresip, y el cielo era rojo como la fecha de un día festivo en un calendario. En la calle de Dalnitskaya los almacenes habían cerrado y los atracadores se adentraban en la calle oscura de la casa de citas de Ioska

Samuelson. Iban con equipajes lacados, vestidos con chaquetas de todos los colores. Parecían pájaros colibrí. Tenían ojos saltones, una pierna la sostenían en el estribo, y en una mano que parecía de acero, sostenían ramos de flores envueltos en papel para cigarrillos. Sus equipajes se movían a paso lento. En cada uno de ellos iba sólo un viajero con su ramo, y los cocheros, adornados con lazos, se erguían en sus asientos altos, al igual que los choferes en las bodas. Las judías ancianas con sus tocas observaban perezosamente el paso de tan acostumbrada procesión y sólo los hijos de los tenderos y de los técnicos navales envidiaban a los reyes del barrio Moldavanka.

Salomoncito Kaplún, hijo de un tendero de ultramarinos y Moña, el artillero, hijo de un contrabandista, eran los únicos del grupo que trataban de no llamar mucho la atención. Ambos pasaron frente a ella, meciéndose como muchachos que ya conocieron el amor. Se dijeron algo en voz baja y empezaron a mover los brazos como queriendo mostrarle la forma en que la abrazarían si ella así lo deseara. Y he aquí que Basia lo deseó inmediatamente, ya que ella era una muchacha sencilla de Tulchin, un pueblito de gente codiciosa y atrasada. Su complexión era de unos 82 kilos y algunas libras más. Toda su vida se la pasó entre agentes mordaces de Podolsk, agentes viajeros que vendían libros y capacitores forestales, y jamás había visto gente como Salomoncito Kaplún. Por eso, al verlo, empezó a restregar la tierra con sus piernas gruesas que calzaban botas altas de hombre y dijo con voz atronadora:

—Papito, vea a ese señorito: tiene unas piernitas de muñeca, podría yo quebrárselas de puro placer.

—Oh, señor Grach —susurró entonces el viejo judío Golubchik que estaba sentado cerca, veo que su retoño desea revolcarse sobre el pasto...

—Vaya enredo —contestó Froim a Golubchik— sacudió varias veces el látigo y se fue a dormir sin creer lo que decía el viejo. No lo creyó y, sin embargo, estaba equivocado. Quien tenía razón era Golubchik. En nuestra calle era éste el que arreglaba todas las bodas. En las noches rezaba por las almas de los ricos que habían fallecido y conocía la vida de todos como la palma de su mano. El equivocado era Froim Grach. El acertado, Golubchik.

Efectivamente, desde ese día, Basia se pasaba las tardes fuera del portón. Se sentaba en la banca y preparaba su ajuar. Las mujeres embarazadas se sentaban a su lado, mientras montañas de telas se deslizaban sobre sus fuertes rodillas deformes. Mientras las mujeres embarazadas sentían madurar el fruto de sus entrañas, al igual que en la primavera las ubres vacunas sienten llenarse de leche, los hombres regresaban uno por uno a sus casas, después de un día laborioso. Los maridos de las mujeres gruñonas se enjugaban las barbas bajo las llaves de agua y luego cedían el lugar a las viejas jorobadas. Las ancianas bañaban en palanganas a sus nietos



regordetes, les daban de nalgadas y los envolvían en sus faldas viejas. He aquí que Basia, la de Tulchin, vio lo que era la vida de "Moldavanka" —madre nuestra espléndida—, vida preñada de niños que toman el pecho, de ropa colgada y noches de miel, llenas del esplendor de una gran ciudad, con los soldados acuartelados, de insaciables deseos. La muchacha quiso gozar de esa vida, pero comprendió rápidamente que la hija de un padre tuerto, no podría contar con un buen partido. Desde entonces dejó de llamar a su padre por su nombre.

—Ladrón pelirrojo —le gritaba por las tardes— ladrón pelirrojo, venga a merendar.

Esto se prolongó hasta el momento en que Basia terminó de coser seis camiones y seis pares de pantalones con holanes de encaje. Terminada la costura, lloró y le dijo al implacable Grach:

—Cada muchacha tiene el derecho de ser algo en la vida, sólo yo llevo la de un velador nocturno que cuida un almacén que no le pertenece. O hace usted algo de mi vida o me suicido. . .

Grach escuchó la súplica de su hija hasta el final, se puso su abrigo de fieltro del Cáucaso y se fue a visitar a su amigo Kaplún que vivía en la plaza de Privoznaya.

Sobre la tienda de ultramarinos de Kaplún brillaba un anuncio dorado. Era la mejor tienda de la plaza. Dentro olía a múltiples mares y muchas vidas desconocidas para nosotros.

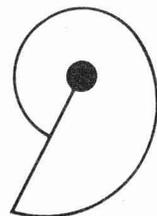
Un niño regaba con una manguera las profundidades frescas del almacén y cantaba una canción sólo para adultos. Salomoncito, el hijo del dueño, se encontraba tras el mostrador. Sobre el mismo había aceitunas provenientes de Grecia, mantequilla de Marsella, café en grano, Málaga de Lisboa, sardinas de la casa "Felipe y Cano" y pimientos exóticos. Kaplún estaba sentado en una veranda de cristal y comía una sandía roja llena de pepitas negras, pepitas rasgadas como los ojos de las astutas chinas. La barriga de Kaplún yacía sobre la mesa bajo el sol, y el sol no podía hacer nada con ella. El tendero de ultramarinos vio a Grach envuelto en su abrigo de fieltro y se puso pálido.

—Buenos días, monsieur Grach —dijo— y se hizo a un lado. Golubchik me avisó que vendría usted a visitarme, tengo una libra de té que ahora podría considerar un verdadero milagro.

A continuación comenzó a explicar las delicias de este tipo de té que llegó a Odesa en barcos holandeses. Grach lo oía con paciencia, hasta que lo interrumpió como persona simple y hombre sin rodeos.

—Soy un hombre sencillo —dijo Froim— conservo todavía mis caballos y sigo trabajando. Doy por Basia ropa nueva y un par de monedas, además de mi respaldo. Al que esto le parezca poco que arda en el fuego eternamente.

—¿Quién quiere consumirse en las llamas? —contestó rápidamente Kaplún— y acarició la mano del carretero. No es necesario, monsieur Grach, pronunciar tales palabras. Es usted una persona



que siempre podría ayudar a otra, aunque, por otra parte, también podría ofenderla. Ahora, usted no es un rabino de Krakovia, pero tampoco podría yo decir: Me he desposado con la sobrina de Moisés Montefiore, pero... pero la señora Kaplún, esta dama grandiosa, tan grandiosa que ni el mismo Dios está enterado de lo que pueda tener en mente...

—Yo sí que lo sé —le interrumpió Grach— yo sé que Salomoncito quiere a Basia, pero la Sra. Kaplún no me quiere a mí...

—Así es, no lo quiero —gritó entonces la señora Kaplún que estaba pegando oído detrás de la puerta—; entró en la veranda de cristal, echando fuego y sin poder casi respirar por la excitación. No, no lo quiero, Grach, como un humano no puede desear su propia muerte; no lo quiero como una novia no desea granos sobre su cabeza. No olvide que nuestro difunto abuelo fue tendero, lo mismo que nuestro difunto padre y por eso también nosotros debemos seguir la tradición...

—Pues quédese con su tradición —contestó Grach a la enardecida Señora— y se fue a casa.

Allí lo esperaba Basia engalanada con un vestido de color naranja. El viejo no le dirigió la mirada; puso una piel de oveja bajo uno de los carros y se dispuso a dormir, pero la mano poderosa de Basia lo sacó de allí violentamente.

—Ladrón pelirrojo —dijo la muchacha en voz baja—, ¿Por qué he de soportar sus modales de carretero y por qué se calla usted como un tronco, ladrón pelirrojo?...

—Basia —pronunció Grach—, Salomoncito te quiere, pero la señora Kaplún no me quiere a mí... En esa casa sólo piensan en un partido que garantice la continuación de los tenderos de ultramarinos.

El viejo arregló su piel de oveja y se metió de nuevo bajo el carro, mientras Basia abandonaba el patio.

Todo esto sucedió un sábado, día de descanso. El ojo purpúreo del atardecer, al revolver la tierra esa tarde, topó con Grach que roncaba bajo una de sus carretas. El veloz rayo dio con el dormido. Lo vio con ojos de gran reproche y lo llevó a la calle polvorienta de Dalnitskaya que brillaba como el centeno verde abandonado al viento. Los tártaros avanzaban por la Dalnitskaya; tártaros y turcos con mulas. Regresaban de la Meca a sus estepas de Orenburgo y a Transcaucasia. El barco los había traído a Odesa y ahora iban del puerto a la fonda de Liubka Shneiweis, llamada Liubka la cosaca.

Las batas tiasas y rayadas de los tártaros inundaban la calle con el sudor bronceado del desierto. Las toallas blancas se enrollaban alrededor de sus feces, lo que indicaba que habían adorado las cenizas del profeta. Los peregrinos llegaron hasta la esquina y dieron vuelta rumbo a la fonda de Liubka. Mas no pudieron pasar porque ante el portal se encontraron con una gran multitud. Liubka Shneiweis con una bolsa amarrada a su costado le daba de



puñetazos a un borracho y lo empujaba fuera de su fonda; con el puño cerrado le pegaba en la cara como si tocara la pandereta y con la otra lo sujetaba para que no se cayera. Por los dientes del pobre hombre y por sus oídos escurrían hilos de sangre; parecía pensativo y miraba a Liubka como si no la pudiese reconocer. Luego cayó sobre las piedras y se durmió. Liubka le dio una patada y entró en la fonda. El velador cerró el portón y saludó a Froim Grach, que en ese momento pasaba por el lugar.

—Saludos, Grach —le dijo—, si quiere aprender de la vida pase a visitarnos. Aquí tenemos muchas cosas para alegrarse.

El celador llevó a Grach hacia el muro donde descansaban los peregrinos. Un turco viejo, con turbante verde, viejo turco verde y ligero como una hoja, yacía sobre la hierba. Estaba cubierto de sudor, una blanca espuma de perlas. Respiraba con dificultad y apenas movía los ojos.

—He aquí —dijo Evzel, y se arregló la medalla que tenía siempre suspendida en su desaliñada chaqueta—, he aquí el drama cotidiano que podríamos llamar la ópera "El Mal Turco". Se está muriendo el viejecillo pero no podemos llamar a un médico, pues el que muere al regresar a casa, por el sendero de Mahoma, ha de considerarse el más afortunado... Escucha Salvash —le gritó carcajeándose Evzel al moribundo—, ahí viene el médico a curarte...

El turco miró al velador con miedo infantil y con odio. Le volvió la espalda. Evzel, contento con el papel que estaba representando, llevó a Grach a la otra parte del patio, donde se encontraba la cantina. Estaba iluminada y tocaba la música. Hebreos viejos con barbas tupidas tocaban canciones rumanas y judías. Mendel Krik tomaba vino de un vaso verde y relataba la paliza que le habían propinado Benia y Liovka, sus hijos. Relataba

su historia a gritos con una voz ronca y terrible; enseñaba sus dientes rotos y permitía que la concurrencia tocara las heridas que le habían salido en la barriga. Muchachotes de Volinda con carás de porcelana, escuchaban asombrados el relato y quejas de Mendel Krik. Se asombraban de todo lo que oían y Grach los despreciaba por eso.

—Viejo presumido —susurró—, y pidió un vaso de vino.

Luego Froim llamó a la dueña, Liubka la Cosaca, que junto a la puerta decía palabrotas y bebía vodka de pie.

—Dime —le gritó a Froim, y de la ira que sentía se puso bizca.

—Señora Liubka —le contestó Froim y la sentó a su lado—, es usted una mujer inteligente y la vine a ver como si fuera mi amada madre. Tengo confianza en usted, señora Liubka; primero confío en Dios y luego en usted.

—Habla —gritó Liubka. Corrió por toda la cantina y después regresó.

—En las colonias —dijo Grach— los alemanes tienen magníficas cosechas de trigo. Pero en Constantinopla, los ultramarinos están a mitad de precio. Un pud de aceitunas se compra allí por 3 rublos y aquí las revenden a 30 kopeks la libra.

Ahora les va muy bien a los tenderos, señora Liubka; los tenderos se pasean ahora muy gorditos y si uno pudiera abordarlos con cierta delicadeza, podría uno convertirse en una persona muy afortunada. Pero yo me quedé sólo en mi trabajo, ya que el difunto Liova Brik se murió. No cuento con ayuda alguna y estoy solo como Dios está en el cielo.

—Benia Krik, —dijo entonces Liubka— ¿Qué tiene de malo Benia Krik?

—¿Benia Krik —repitió Grach, lleno de sorpresa— soltero?

—Soltero —dijo Liubka—, amárralo con Basia, dale dinero y haz de él una persona decente. . .

—Benia Krik —repitió el viejo con una voz que parecía un eco lejano—; no había pensado en él.

Se levantó susurrando y tartamudeando. Liubka se adelantó corriendo y Froim la siguió. Salieron al patio y subieron al segundo piso. Allí vivían las mujeres que Liubka guardaba para los huéspedes.

—Nuestro novio está con Katiusha —le dijo Liubka a Grach—; espérame en el pasillo. Y se dirigió a la habitación donde Benia Krik se encontraba acostado con una mujer de nombre Katiusha.

—Deja ya de babear —le dijo al joven la dueña—. Primero, Benchik, hay que tener un oficio, después podrás babear. . .

Froim Grach te busca. Busca a una persona que le ayude en su trabajo y no la puede hallar.

A continuación le contó lo que sabía sobre Basia y sobre los negocios del Tuerto Grach.

—Lo pensaré —le contestó Benia, cubriendo con las sábanas sus piernas desnudas— lo pensaré, que espere el viejo.

—Espera lo que decida —le dijo a Froim que la aguardaba en el corredor— espera, tiene que pensarlo. . .

La dueña le acercó una silla y en ella se acomodó Froim para esperar con paciencia. Esperaba pacientemente como lo hace un mujik en una oficina. Tras la pared, Katiusha gemía y reía a carcajada limpia. El viejo dormitó unas dos horas o posiblemente más. Hacía tiempo que la tarde se había convertido en noche; el cielo se ennegreció y las estrellas se llenaron de oro, brillo y frescura. La cantina de Liubka ya había cerrado; los borrachos descansaban en el patio como muebles rotos; el viejo turco del turbante verde había muerto hacia la media noche. Luego llegó la música del mar, la trajeron los instrumentos musicales que sonaban en los barcos ingleses; la música llegó y luego dejó de tocar, pero Katiusha, la sensata Katiusha, seguía ofreciendo a Benia al rojo vivo, su paraíso ruso sonrosado. Gemía y reía a carcajada limpia. El viejo Froim permaneció sentado frente a su puerta hasta la una de la madrugada. Finalmente tocó.

—Hombre —dijo— ¿Acaso te burlas de mí?

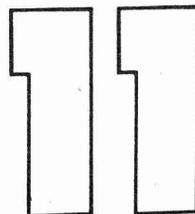
Entonces Benia abrió la puerta de la habitación de Katiusha:

—Monsieur Grach —dijo todo confundido, sonrojado y cubriéndose con la sábana—, cuando somos jóvenes pensamos que las mujeres son una mercancía, pero son realmente paja que arde por cualquier motivo. . .

Luego se vistió, arregló la cama y las almohadas de Katiusha y salió con el viejo a la calle. Paseando, llegaron hasta el cementerio ruso y allí, a un lado, se entendieron Benia Krik y el tuerto Grach. Acordaron que Basia entregaría a su futuro esposo tres mil pesos de dote, dos caballos de pura sangre y un collar de perlas. También acordaron que Kaplún pagaría a Benia dos mil rublos, como prometido que debió haber sido de Basia. Kaplún de la plaza Privoznaya, fue acusado de orgulloso, de que se había hecho rico gracias a las aceitunas provenientes de Constantinopla, de que no se había dado cuenta del primer amor de Basia y que por todo esto Benia Krik había decidido tomar sobre sus espaldas el martirio de casarse con Basia y recibir de parte de Kaplún los dos mil rublos.

—Tomaré esto bajo mi responsabilidad, papá —le dijo a su futuro suegro—, Dios nos ayudará y castigaremos a todos los tenderos. . .

Esto lo dijeron al amanecer, cuando la noche había ya terminado. A partir de este momento comienza la nueva historia de la decadencia de la casa de los Kaplún, el relato de su fin lento, de los incendios, balazos nocturnos. Todo esto, el destino del orgulloso Kaplún y el destino de la muchachota Basia, se decidió aquella noche, la noche en que su padre y su inesperado novio paseaban a lo largo del cementerio ruso. En aquel entonces, los jóvenes llevaban a las chicas tras las verjas y sus besos, sobre las lápidas, sonaban a gloria.



EL INICIO (1934)

Hace unos veinte años, siendo yo muy joven, me paseaba por las calles de San Petesburgo, durante un invierno muy frío, con un pasaporte falso y sin abrigo. Confieso que tenía un abrigo, pero no lo usaba por razones personales. Mis propiedades eran en aquel entonces unos cuantos relatos tan breves como arriesgados. Los repartía por todas las editoriales, pero a nadie se le ocurría leerlos, y si caían ante la vista de alguien, producían una reacción contraria a la que yo esperaba. El redactor de una de esas revistas me envió con el portero un rublo; otro dijo que mi manuscrito era una soberana tontería, pero que su suegro tenía un almacén de granos y harinas del que me podría hacer cargo. Pronto me di cuenta que lo único que me quedaba era visitar a Gorky.

En ese tiempo se editaba en Petrogrado la revista internacional "La Crónica", que en unos cuantos meses consiguió convertirse en la mejor publicación mensual. Su redactor era Gorky. Así que me dirigí a la calle de Bolshaya Monetnaya. Mi corazón daba brincos y por momentos se detenía. En la antesala de la redacción encontré un público de todos los estratos sociales imaginables: damas de la alta sociedad, los "don nadie", telegrafistas de Arzamás, "dujobores",¹ y obreros bolcheviques que trabajaban en la clandestinidad y no querían mezclarse con los presentes.

La consulta debía empezar a las seis. En punto de las seis, se abrió la puerta y entró Gorky. Me causó una gran impresión su estatura, su esbeltez, sus huesos anchos, lo azul de sus pequeños y penetrantes ojos y su traje extranjero que le quedaba un poco suelto pero que lo hacía verse elegante.

Dije que la puerta se abrió a las seis en punto. Toda su vida permaneció leal a esta puntualidad, virtud tanto de reyes como de obreros experimentados y seguros de sí mismos.

El público de la antesala se dividía en dos categorías: los que habían traído sus manuscritos y los que esperaban el veredicto.

Gorky se acercó al segundo de los grupos. Su forma de andar era ligera, silenciosa y diría que elegante. Llevaba unas libretas, en algunas de ellas sus anotaciones superaban lo escrito por el autor. Con todos hablaba con gran concentración, largamente y muy atento. Expresaba sus opiniones en forma franca y severa, escogiendo cada palabra y su fuerza pudimos apreciarla mucho después, a través de los años; palabras que al pasar por nuestras almas en un camino largo sin regreso posible, se convirtieron para nosotros en ley y conducta para la vida.

Al terminar con los autores conocidos por él, Gorky se nos acercó y empezó a recoger nuestros manuscritos. Me miró de reojo. Mi figura entonces era una sonrosada e inconsistente mezcla de personaje rechoncho, social demócrata, sin abrigo, escudado con

unos anteojos sujetos con un cordón encerado. Esto sucedió un martes. Gorky cogió mi cuaderno y dijo:

— Venga por la respuesta el viernes.

Estas palabras sonaban a irrealidad. . . Generalmente los manuscritos se perdían meses enteros en las redacciones y lo más frecuente era que desaparecieran por toda la eternidad.

Regresé el viernes y contemplé caras nuevas. Igual que la vez anterior me topé con princesas y dujobores, obreros y monjes, oficiales de la marina y colegiales. Al entrar en la habitación, Gorky me miró con su mirada rápida y decidió dejarme para lo último. Cuando todos se habían ido, el escritor y yo nos quedamos a solas. Me sentía como si me hubiera caído de mi propio planeta de Marsella (no sé si deba aclarar que estoy hablando de mi ciudad de Odesa). Gorky me invitó a su despacho. Lo que ahí me dijo resolvió mi destino.

— Hay clavos pequeños —dijo—, los hay también grandes —me mostró su dedo índice, fuerte y bien configurado—. El camino de un escritor está sembrado de clavos, generalmente de tamaño grande. Tendrá que caminar sobre ellos descalzo, desangrándose, y cada año que pase, más será la sangre que vertirá. . . Usted es una persona débil, se dejará comprar y vender, lo fastidiarán, lo adormecerán y se marchitará, simulando ser un árbol en flor. . . Para una persona honrada, para un literato y revolucionario honesto, el pasar por este camino es un gran honor. Le doy mi bendición para que lo recorra.

He de creer que no hubo en mi vida momentos más importantes que los que pasé en la redacción de "La Crónica". Al salir de allí, perdí por completo la noción física de mi ser. Delirante, bajo un frío azul de treinta grados bajo cero corrí por las espléndidas avenidas de la capital, abierto al cielo lejano y oscuro, y sólo me recobré cuando dejé tras de mí la Chiornaya Riechka y la Novaya Derevnia. . .

Pasada la media noche regresé a mi habitación alquilada la víspera a la esposa joven e inocente de un ingeniero. Cuando el esposo llegó de su trabajo y observó mi persona misteriosa y juvenil, ordenó que se sacaran de la antecámara todos los abrigos y chanclas y que la puerta de mi habitación, que daba al comedor, se cerrara con llave.

Así que llegué a mi nueva casa. Tras la pared se encontraba la antecámara despojada de las chanclas y chales que le pertenecían de derecho, mientras la alegría febril me llenaba el alma, alegría que exigía con todas sus fuerzas una salida. No sabía qué hacer. Me vi en la antecámara, sonriendo sin motivo alguno y sin proponérmelo abrí la puerta del comedor. El ingeniero y su esposa tomaban el té. Al verme a una hora tan avanzada de la noche, palidecieron; sobre todo sus frentes se pusieron muy blancas.

"Ya empezamos", pensó el ingeniero, y se preparó a vender cara su vida.

¹"El Inicio" apareció por primera vez en la "Gaceta Literaria" el 18 de junio de 1938; pertenece al ciclo *Recuerdos*. Lo escribió basándose en la entrevista que concedió al corresponsal de Komsomolskaya Pravda, Tregub, manifestando el gran cariño y agradecimiento que sentía por M. Gorky.



Me acerqué dos pasos y le confesé que Máximo Gorky me había prometido publicar mis relatos.

El ingeniero se dio cuenta de su error: haber tomado a un loco por un ladrón, y palideció más aún.

— Les leeré los relatos que me prometió publicar — dije sentándome y acercándome un vaso de té que no me pertenecía.

En mis trabajos, la brevedad del contenido competía con el abandono total de los buenos modales. Una parte de ellos, afortunadamente, jamás vio la luz. Algunos se recortaron de las revistas y sirvieron para enjuiciarme por dos delitos: por tratar de derribar al régimen y por pornografía. El juicio debió celebrarse en marzo de 1917, pero el pueblo que quiso defenderme se sublevó a fines de febrero, quemando no sólo mi caso judicial, sino también el edificio del juzgado de Distrito.²

En aquel tiempo, Alexis Maximovich³ vivía en la avenida Kronversky. Yo le llevaba todo lo que escribía, o sea, un cuento diario (al final tuve que abandonar este sistema para caer en el extremo opuesto). Gorky lo leía todo; lo rechazaba todo y me exigía que continuase. Al fin, nos cansamos ambos. Me dijo con su voz de bajo:

— Podemos deducir con toda claridad, estimado señor, que aunque no sabe usted nada de nada, se da cuenta de muchas cosas. Así que viaje y observe. . .

A la mañana siguiente me convertí en corresponsal de una revista que me entregó 200 rublos para mi misión. La revista jamás llegó a publicarse, pero los doscientos rublos me sirvieron de mucho. Mi misión duró siete años; recorrí muchos caminos y fui testigo de múltiples batallas. Después de estos siete años, al darme de baja en el ejército, intenté por segunda vez publicar mis escritos. Entonces recibí una nota de él: "Posiblemente ya pueda empezar a escribir. . ."

Sentí de nuevo su apoyo constante y apasionado. Esta exigencia de aumentar constantemente y a como diera lugar el número de cosas necesarias y bellas que hay en la vida, se lo pedía Gorky a miles de personas, cuyo talento él descubría y educaba, y a través de ellas, a toda la humanidad. Estaba dominado por una pasión ilimitada, nunca antes vista y que no se debilitaba mientras se tratara de la creatividad humana. Sufría cuando se percataba de la esterilidad creativa de alguna persona en la que él hubiera puesto sus esperanzas. Feliz, se restregaba las manos y guiñaba el ojo al Mundo, al Cielo y a la Tierra cuando observaba que de una chispa surgía la llama. . .

Notas

1. Secta religiosa que negaba los ritos y dogmas de la Iglesia ortodoxa (sur de Rusia, segunda mitad del siglo XVIII).
2. El autor se refiere a la Revolución de febrero de 1917, a raíz de la cual tuvo que abdicar el zar.
3. M. Gorky.

SOBRE LOS CREADORES DE LA NUEVA CULTURA. (Conferencia pronunciada en marzo de 1936)

Camaradas: nos hemos reunido como resultado de la sublevación del público lector. La finalidad de ese movimiento trasciende cualquier caso personal. Uno puede estar de acuerdo o no con los métodos que utilizan los críticos para mutilar a algunos de nuestros compañeros, pero he de decirles que estoy de acuerdo, en esencia, con dichas mutilaciones (*risas*).

Contamos con un pueblo renovado de 170 millones de individuos. La mayor parte ha aprendido a leer y a escribir hace diez o veinte años. Tenemos ahora decenas de millones de nuevos lectores que no pueden leer partiendo de Joyce o Proust. En la dirección de este movimiento nunca antes visto, tienen que cometerse errores. El trabajo de nuestros redactores y críticos es de una gran responsabilidad, mas no es mi intención defenderlos. Dentro del embrollo que los mismos críticos tratan de esclarecer, son ellos ahora los que frecuentemente cometen equivocaciones; más aún, muchas veces sus juicios son tan sorprendidos que se asemejan a los fenómenos atmosféricos. Pero todo esto no tiene gran trascendencia. Importa que un pueblo de 170 millones que está creando una nueva cultura, que construye una nueva sociedad, declara que tiene pocos libros para leer y que la mayor parte de ellos son malos. Ante una declaración así, debemos estar alertas.

Teniendo esto en cuenta debemos tratar que esta reunión se convierta en una reunión de producción literaria.

Hablo de gente de buena voluntad y de talento que desea y puede trabajar, y hablo en forma concreta. En todas nuestras reuniones literarias se expresan muchas y muy buenas intenciones, con estas intenciones están empedrados el infierno y nuestra literatura (*risas*). También hemos oído muchas veces del reconocimiento que nos brinda el Poder Soviético. Creo que la cuestión ahora estriba en saber si el Poder Soviético reconoce a aquellos que lo reconocen a él (*aplausos*).

¿Qué es lo que debemos hacer para elevar nuestro profesionalismo? He aquí la pregunta que cada uno de nosotros debe plantearse.

Tomemos el caso del camarada Babel: me es más familiar que cualquier otro. Aquí me es muy difícil concordar con el coro de personas que lo critican.

Me echan en cara que mi producción es escasa.

En mis años mozos publiqué varios relatos que despertaron interés; después guardé silencio por espacio de siete años. Luego, mis obras empezaron a publicarse de nuevo, pero resultó que ya no me gustó lo que había hecho anteriormente y surgió en mí el sentimiento, completamente normal, de escribir en forma distinta.

No puedo ligar la palabra "equivocación" a los sentimientos de inconformidad que experimentaba hacia mi persona, pues equivo-

"Sobre los Creadores de la Nueva Cultura" se publicó el 31 de marzo de 1936 en la *Gaceta Literaria* bajo el título de "Extractos del Discurso del Camarada. I. Babel". Se basa en el discurso pronunciado por el escritor en la reunión de escritores de Moscú que tuvo lugar del 16 al 26 de marzo de 1936 y donde se discutieron problemas relacionados con el formalismo y el naturalismo.



cación dentro de la literatura equivale a decir "escritor". El Rey Luis dijo en alguna ocasión: "El Estado soy yo". A partir de ese punto se deben tomar medidas extremas para saber lo que uno realmente es.

Al principio de mi carrera, mi intención fue escribir en forma breve y concreta. Pensaba que tenía mi propio método para expresar sentimientos e ideas. Luego, esta pasión decreció en intensidad y me convencí a mí mismo que debe escribirse con armonía y largueza, usando una serenidad clasicista y haciendo gala de gran tranquilidad. Cumplí con mis propósitos; me aislé del mundo y usé al escribir tanto papel como un grafómano (*risas*).

Entre mis pecados hay una virtud que posiblemente deba conservar. Considero que uno debe ser su propia censura; previa, no posterior. Por eso, al terminar de escribir dejé que mi obra se añejara y, después, cuando la leí en mis cinco sentidos, me di cuenta de que no podía reconocerme: lento, aburrido y nada interesante. Fue entonces cuando, por enésima vez, decidí conocer gente, recorrer miles de kilómetros y observar infinidad de casos y cosas. Mi idea fue la siguiente: cuando surgen sucesos de importancia mundial, cuando nacen individuos y manifestaciones nunca antes presenciados, sólo los escritos sobre hechos reales pueden sacudir las conciencias.

He aquí que, entonces, traté de describir hechos reales, los dejé

añejar, luego los releí y me di cuenta que tampoco era nada interesante (*risas*).

La cosa empezó a ponerse seria, hasta que llegó el momento de revisar todo nuevamente para llegar a una decisión.

Entendí que el primer deseo que me impulsaba era el de cambiar mi forma de ser a través de un objetivismo especial y la utilización de nuevas formas y técnicas.

Mi segundo impulso se basaba en la confianza, muy íntima, de que el país soviético mismo hablaría por mí, ya que los sucesos que vivimos son tan extraordinarios que hablarían por sí mismos sin ningún esfuerzo de mi parte. Sólo necesitaría exponerlos correctamente para que resultaran interesantes, estremecedores e importantes para todo mundo. A pesar de ello, no me resultó; lo que escribí me pareció también poco interesante.

Entonces entendí definitivamente que un libro es un universo visto a través del individuo. Entendí que en mi forma de describir los hechos lo que faltaba era precisamente el individuo, por lo que se creaba un vacío. Lo que tenía que hacer ahora era redescubrir al individuo. Como literato no cuento con otros instrumentos que no sean mis sentimientos, deseos e inclinaciones. En nuestra condición de grande responsabilidad precisamos de una ilimitada honradez hacia nosotros mismos.

Así pues, llegué a la conclusión de que para escribir bien debo llevar mis sentimientos, sueños y deseos más íntimos hasta el límite de lo posible, elevarlos a alturas insospechadas, decirme con todas mis fuerzas lo que realmente soy, purificarme por completo y, sólo entonces, emprender la marcha. Sólo así puede uno llegar a saber si lo que tiene entre manos valdrá o no la pena. Entonces, camaradas, por primera vez en muchos años sentí agilidad al escribir y toda la belleza de mi trabajo.

La única forma que existe de probarse a sí mismo es mantener la personalidad propia y desarrollar con gran vigor y honestidad el talento artístico. Esa prueba consiste en saber si mi personalidad, mi trabajo, con lo que pretendo enseñar o influir en los demás, es o no parte de la creación de la cultura socialista, de la que soy parte integrante. Debe saberse si uno se puede considerar representante del hombre nuevo de nuestro pueblo, que presencia con codicia el escenario y que espera y exige ideas nuevas, apasionadas y vigorosas.

La única respuesta que me puedo dar es la de seguir mi trabajo con mucho más ahínco que antes. No quisiera extenderme más sobre el tema, para no caer en el campo de las "buenas intenciones". Esperemos a que se publiquen mis futuros trabajos... Trataré que ello sea en un futuro no lejano.

No podremos tener buena literatura si de estas reuniones de escritores no surgen figuras poderosas, vigorosas, variadas y apasionadas. Ellas, unidas por una sola meta y un amor apasionado hacia la construcción del socialismo, deberán crear la nueva cultura socialista (*prolongados aplausos*).